

dos para asistir á la real enferma, que en los primeros días de su residencia en el castillo pareció mejorarse, dándose como prueba una carta que dirigió al Príncipe Iturbide que se encontraba en París, en la que se notaba cierta lucidez de la razón. Empeoró día por día y al despedirse de ella el conde de Flandes, se consternó la enferma en sumo grado y le dijo: "Ahora pueden hacer conmigo lo que quieran."

¡Cuánta diferencia entre la actividad y el entusiasmo de que se mostró poseída la Princesa al partir para México, y la triste resignación con que ahora, abatida por la locura, exclamaba: "Esperaré aquí á mi pobre Maximiliano, aunque tenga que esperar cuarenta años." ¡ Ah! así se expresaba no comprendiendo el sentido de las palabras que le dirigió el doctor Riedel al despedirse de ella: "Adios, la dijo, sois muy feliz, porque podeis volver al seno de vuestra familia."

Entretanto pasaban en Europa tan tremendas desgracias á la Emperatriz Carlota, esperábase en México un cambio de situación, por haberse dicho que la real enferma presentaba síntomas de mejoría, y se aseguraba que había salido el 18 de Septiembre de Miramar para Roma, con objeto de arreglar los asuntos religiosos de México. Aún se llegó á señalar el itinerario seguido por Mantua, Reggio y Bolonia, y se afirmó que había llegado á Roma el día 26 alojándose con su comitiva en el hotel de este nombre, lo cual aunque distaba de la verdad, producía su efecto entre los imperialistas de México, animándolos para la resistencia.

Contábase el Ministro Escudero y Echanove entre las personas notables que creían lo mismo que Maximiliano, en el buen éxito de la difícil misión que la Emperatriz tomava á su cargo; suponían que Napoleón III, en presencia de la joven Princesa á la cual había comprometido en la aventura de fundar un imperio en México, mediante promesas solemnes, verbales, además de los ofrecimientos oficiales, asegurándole que jamás la abandonaría en aquella empresa, de igual manera que á Maximiliano, le habría empeñado su palabra de que los sostendría en el poder con todos los recursos de la Francia; ofertas hechas á pesar del éxito dudoso que pudiera tener la contienda que, por entonces, impedía á la colosal República de los Estados Unidos oponerse á los proyectos del Emperador francés.

Los imperialistas creyeron que el ademán complaciente é imperioso de la Emperatriz y su voz suave y persuasiva, bastarían para que Napoleón III depusiera los que suponían pequeños motivos de disgusto, que por hechos anteriores abrigaba contra los Soberanos de México, y ahogaria en su seno el temor que habían hecho nacer las últimas amenazas de Mr. Seward y las enérgicas reclamaciones del Cuerpo Legislativo francés. Y sin duda esperaban que acudiría Napoleón al amparo del naciente Imperio, dejando en México las tropas necesarias y proveyendo al tesoro de los recursos suficientes, hasta que se arreglara con calma el plan hacendario conveniente. Creían esto, porque suponían que en el Emperador francés habría los mismos sentimientos que en el corazón de Maximiliano, y olvida-



General D. Nicolás de la Portilla,

Comisario Imperial y Ministro de la Guerra.

Nombrado Comisario Imperial de los Departamentos de Nuevo León y Tamaulipas en Julio de 1865, se presentó en el puerto de Matamoros; pero á los tres meses regresó á la capital del Imperio, sin haber logrado establecer su mando en aquella zona.

Siendo después Ministro de la Guerra, y durante el sitio de México por el ejército de Oriente, le obligó el Lugarteniente del Imperio, General Márquez, á dimitir, por considerarlo obstáculo para el desarrollo de la defensa de la plaza. El General Portilla manifestó que sin el libre ejercicio de sus atribuciones, no podía continuar en el Ministerio, y que en la primera ocasión haría valer sus derechos de Ministro de la Guerra, entonces ultrajados.

ban que en el hombre de Estado ha de dominar únicamente la razón de conveniencia política y que su corazón debe ser de mármol.

Aunque se comentaba por todas partes el estado que guardaba la Princesa Carlota, no se atrevía en México ningún periódico á manifestarlo, hasta que lo hizo el 18 de Octubre el *Diario Oficial*, en un párrafo de última hora, anunciando que el buque de guerra "Adonis" venido de Nueva Orleans, había traído la noticia de que la Emperatriz se había enfermado en Roma, el 4 del mismo mes, de una fiebre cerebral muy grave, y que inmediatamente había sido conducida á Miramar. Excitaba á la vez para que se hicieran rogativas públicas en todo el país, y desde luego lo secundó el Arzobispo de México, dando las respectivas disposiciones. Los Señores Velazquez de León y Castillo telegrafaban el día 6 desde Roma, informando que la Emperatriz había sucumbido á la multitud y gravedad de los negocios que la llevaron á Europa, y que había sido trasladada desde luego á Miramar, llevando á dos insignes médicos para que la asistieran. Otro telegrama del conde de Bombelles, venido directamente de Miramar, fechado el 12 de Octubre, daba esperanzas de que podría llegar el alivio, avisaba la salida de un portador de pliegos que llegaría á México á fines del mismo mes, y que con otros mensajeros se enviarían pormenores de tiempo en tiempo.

Maximiliano, consternado, profundamente abatido con tales noticias, corrió á encerrarse en el Palacio de Chapultepec. La Colegiata de Guadalupe, las parroquias y los conventos, hicieron triduos y celebraron misas que concluían con la Letanía de los Santos por la salud de la enferma, y se trasladaron á Catedral las imágenes del Señor de Santa Teresa y la Virgen de la Soledad, para que en solemnes triduos se implorase el auxilio divino por el pronto y cabal restablecimiento de la enferma. Los obispos que estaban en la Capital dictaron disposiciones semejantes para sus respectivas diócesis.

Durante algunos días, queriendo ocultar á Maximiliano la locura de su esposa, se le dijo que adolecía de fiebre cerebral; muy pronto sin embargo, fué indispensable que se le hiciera saber toda la verdad en su horrible desnudez, y la palabra ¡demenia! resonó en los muros del alcázar de Chapultepec. Entonces no tuvo límites el dolor que experimentó Maximiliano; encerrado en aquella mansión, sin dejarse ver de nadie, no contestó las diferentes cartas que varias personas le dirigieron, manifestándole el participio que tomaban en la tremenda desgracia que calificaban de calamidad pública. (*)

Desde que había declarado Su Santidad que no podía acceder á las pretensiones de Maximiliano, el clero y el partido conservador se abstenían de seguir la política que el Emperador se vió obligado á sostener y que por fin cambió en Julio de 1866, haciendo un llamamiento á ese partido. No obstante que ya era tardía la reconciliación, muchos conservadores contestaron con benevolencia, aunque convencidos de que exponían su vida y su fortuna. Los generales Márquez y

(*) Débese hacer constar como punto histórico, que el primer telegrama que dirigió Bombelles el 12 de Octubre estaba redactado en inglés y con cifras conocidas.